
UNA PERSPECTIVA POLÍTICA DE FILIPINAS

Juan C. Maglaya



Las Filipinas es un archipiélago situado en la costa sureste de Asia. Tiene una superficie total de 300.000 kilómetros cuadrados, casi igual que la superficie de Italia, y poco menos que la superficie total de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica juntos. El archipiélago está compuesto por cerca de 7.100 islas que, en extensión, abarcan 1.760 kilómetros de Norte a Sur.

Los filipinos descienden principalmente de los malayos aunque se han mezclado con pobladores chinos, españoles y americanos. Comprenden una población de más de 50 millones, cinco sextos de la población italiana y cuatro veces más la población total de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

Aproximadamente el 82 por ciento de la población es católica romana. Hay un considerado número de protestantes de diferentes denominaciones y cristianos que pertenecen a diversas sectas indígenas. Las Filipinas es el único país de Asia predominantemente cristiano aunque algunos grupos culturales han conservado sus formas tradicionales de religión.

El 4,3 por ciento de la población es musulmana y se ha concentrado en su tierra natal, las islas del Sur: Mindanao, el archipiélago Sulu y Palawan, habiendo logrado mantener su propia independencia y desarrollo cultural, social y político a lo largo de los siglos.

A finales del siglo XIX se gesta el *Katipunan*, un movimiento que lucha por la independencia de Filipinas.

y, casualmente también, bajo un nuevo gobierno.

Mientras España se mantuvo en la línea de las prácticas de los principales poderes

colonizadores europeos, la agricultura de subsistencia fue sustituida en favor de la agricultura comercial. La demanda de azúcar y abaca (cáñamo) de Filipinas creció constantemente en el extranjero. El volumen de estas exportaciones fue todavía mayor después de la terminación del Canal de Suez en 1869.

Su pasado colonial. Período español

Los primeros visitantes extranjeros que llegaron a colonizar las Filipinas fueron los españoles. Llegaron por vez primera en 1521, cuando Fernando Magallanes pisó las costas filipinas en nombre de la corona española, encontrando la muerte a manos del jefe guerrero filipino Lapulapu.

Posteriormente, el rey Felipe II, «el más católico de los reyes», con cuyo nombre se bautizó el país, organizó cuatro expediciones y envió a Miguel López de Legazpi, quien consiguió establecer el primer asentamiento español en 1565.

Los frailes llegaron con los soldados y muy pronto los nativos fueron convertidos al cristianismo, exceptuando algunas tribus de las altas montañas y los musulmanes de Mindanao y Sulu, a quienes los españoles llamaron moros y a los que nunca pudieron subyugar.

La cruz y la espada dominaron los 333 años siguientes. Durante este tiempo no sólo cambió la religión del pueblo, persuadido bien por la cruz, por la fuerza de la espada o por ambas, sino que también se alteraron las instituciones sociales, económicas y políticas del pueblo.

Las autoridades españolas, principalmente gracias al esfuerzo de los frailes, trasladaron a las poblaciones desde sus comunidades autónomas, generalmente muy esparcidas, hacia pueblos o ciudades dotadas de iglesia y ayuntamiento, lo mejor para un pueblo con nuevas creencias

La expansión de la agricultura comercial dio como resultado el nacimiento de una nueva clase social. Aparte de las tierras propiedad de la iglesia, crecieron las haciendas y campos dedicados a la cosecha de azúcar, abaca y café que fueron adquiridas por familias emprendedoras o influyentes. Algunas de estas familias continúan jugando un papel predominante en la economía y la política de las Filipinas de hoy.

Durante el largo período de gobierno colonial español, más de 200 revueltas locales tuvieron lugar en distintas partes del país. Pero no fue sino hasta finales del siglo XIX cuando los filipinos empezaron a darse cuenta no sólo de su opresión sino de su identidad nacional. Esta toma de conciencia gestó un movimiento revolucionario por la independencia, el *Katipunan*, fundado por Andrés Bonifacio, autodidacta y estibador. Este movimiento se inspiró en los escritos de José Rizal, un brillante intelectual reformista que fue ejecutado por los españoles en 1896.

La revolución filipina contra España, la primera revolución nacionalista de Asia, estalló el 23 de agosto de 1896 cuando Bonifacio y sus *Katipuneros* dieron el grito revolucionario por la libertad de Pugadlawin. El pacto de Biak-na-Bato, el 14 de diciembre de 1897, acabó con la primera etapa de hostilidades.

El 25 de abril de 1898, los Estados Unidos declaran formalmente la guerra a España a causa de Cuba. Una flota de Estados Unidos, al mando del Comodoro George Davey, destruyó la Flota española en la Bahía de Manila el 1 de mayo.

«Mientras tanto, Emilio Aguinaldo, líder de los *katipuneros* —estimulado por algunos americanos— formó un gobierno dictatorial el 24 de mayo y proclamó la continuación de las hostilidades con España, aún cuando el pueblo no había interrumpido prácticamente sus actividades revolucionarias. A finales de junio controlaban prácticamente toda la región de Luzón exceptuando Manila.»

«El 12 de junio de 1898 Aguinaldo proclamó la independencia de Filipinas en Cavite, en cuyo lugar fue izada, por vez primera oficialmente, la bandera nacional filipina y se tocó en público el himno nacional.»

Período americano

«El 10 de diciembre de 1898 España, que ya no ejercía el control sobre las islas, cedió las Filipinas a los Estados Unidos por medio del Tratado de París a cambio de la suma de 20 millones de dólares. El 21 de diciembre, el Presidente McKinley proclamó la soberanía americana sobre las islas, aunque ésta no se ejercía en el archipiélago fuera del “puerto, ciudad y bahía de Manila”, y aunque no fuera sino hasta el 6 de febrero de 1899 cuando el Congreso de los Estados Unidos ratificara el Tratado de París.»

«Esta arriesgada empresa imperialista americana estuvo motivada por un conjunto de razones confusas. Para los imperialistas era el “destino manifiesto” de los Estados Unidos el extender su territorio conquistando otras naciones; parte esencial de “la carga del hombre blanco” para llevar la cristiandad y la civilización a los pueblos menos afortunados. El propio Presidente McKinley se atribuyó la deci-

sión final de conducir las Filipinas con la ayuda divina, después de arrodillarse todas las noches en la Casa Blanca para rezar a Dios Todopoderoso. La expansión industrial americana requirió, además, de la adquisición de nuevos mercados exteriores que, a su vez, exigían una política exterior intervencionista y agresiva. Las Filipinas fueron un escalón ideal hacia los vastos y provechosos mercados de China y Japón.»

«A fin de cuentas, el coste americano de la “asimilación benevolente” de los filipinos fue que, de los 126.500 soldados necesarios para aplastar la resistencia, más de 4.200 quedaron enterrados en las islas sin que casi ninguno de ellos fuese devuelto a los Estados Unidos, y que más de 2.800 resultaron heridos. Estas cifras representan un porcentaje de bajas del 5,5 por ciento, uno de los más altos en cual-

En 1898 España cedió las Filipinas a los Estados Unidos por medio del Tratado de París.

quier guerra de la historia americana. Cientos de ellos murieron más tarde en Estados Unidos a causa de las enfermedades contraídas en el curso de la guerra.

Costó financiarla 600 millones de dólares, 30 veces más que el precio de compra que se había pagado a España.»

«La guerra fue el conflicto más sangriento en la historia del pueblo filipino, incluida la Segunda Guerra Mundial. Se contaron aproximadamente 16.000 filipinos muertos, aunque en realidad fueron más de 20.000. Cerca de 200.000 civiles murieron de peste y enfermedad, aunque el General Bell estimase que una sexta parte de la población de Luzon pereció como resultado de las diversas campañas americanas, lo que nos obligaría a llegar a la cifra de 600.000. La ruina económica del país puede ser resumida en el hecho de que el 90 por ciento de los *carabaos*, de los que la población dependía para las actividades agrícolas, fueron muertos y que las cosechas de arroz se redujeron a una cuarta parte del nivel normal de producción.»

Durante casi medio siglo las Filipinas han sido el objeto de una yuxtaposición de la democracia americana y el dominio imperialista sobre un pueblo sometido. Se encontró una racionalización explícita en la necesidad de «la preparación de los filipinos para su autogobierno e independencia final».

Finalmente, durante los días negros de la gran depresión en 1934, el Congreso americano decretó el Acta Tydings-McDuffi que ofrecía diez años de cooperación en la transición hasta la independencia. Esta ley fue el resultado de los esfuerzos del grupo más poderoso, representante de los intereses agrícolas americanos, que padecían daños reales o imaginados como consecuencia de la libre entrada de azúcar, aceite de coco, cuerdas y otros artículos filipinos, y que habían ya fracasado en otro intento anterior dirigido a enmendar las leyes arancelarias. Esta bofetada política demostró ser muy eficaz en la respetable defensa de la independencia filipina.

La nueva forma de asociación con los Estados Unidos se inició el 15 de noviembre de 1935, bajo la presidencia de Manuel Quezón, siendo vicepresidente Sergio Osmeña.

Durante el sexto año de vigencia de este *status*, las Filipinas se convirtieron en campo de batalla entre los Estados Unidos y Japón como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

La ocupación japonesa

Las Filipinas permanecieron ocupadas por las fuerzas imperiales japonesas de 1942 a 1944. Se habían incorporado al «Círculo de Prosperidad de la Gran Asia del Este» bajo el imperialismo japonés.

Durante este período los japoneses intentaron explotar el anhelo popular de independencia, patrocinando una «República Independiente Filipina», que se inició

con la presidencia de José Laurel en septiembre de 1943.

Esta república, de todas formas, tuvo una vida muy corta por el regreso de las fuerzas americanas al mando del General MacArthur en octubre de 1944.

«La ocupación japonesa y la liberación americana de las islas borraron la dolorosa memoria de los terribles costos y sufrimientos relacionados con la conquista y pacificación americanas de las Filipinas. De hecho, ningún período de la historia filipina ha estado tan lleno de mitos como el período colonial americano, pero sobre todo aquél que dice que los americanos no fueron a las Filipinas como conquistadores sino como benefactores, y que la tutela americana consistió en una enseñanza democrática preparatoria de la independencia. Estos mitos sólo pudieron propagarse y ser asimilados gracias a la supresión de información en lo que supuso la heroica lucha de los filipinos resistiendo al colonialismo americano, peleando contra extraños implacables, y las atrocidades cometidas por las fuerzas colonizadoras americanas al aplastar, por todos los medios, la resistencia filipina».

La Neocolonización

El 4 de julio de 1946, los Estados Unidos concedieron la «independencia» a los filipinos, precisamente cuando el país estaba en ruinas, con una enorme necesidad de rehabilitación: su población se presentaba viuda, huérfana, mutilada, enferma y dislocada; su mano de obra productiva había sido diezmada; su capital nacional estaba en ruinas; sus nacientes y mínimas industrias destruidas y su economía en completo desorden.

El gobierno americano exigió un doble precio oneroso por su independencia y rehabilitación (un presagio sobre las futuras consideraciones americanas acerca de las

**Para los imperialistas era
el «destino manifiesto»
de los Estados Unidos el extender
su territorio conquistando
otras naciones...**

Filipinas): el arrendamiento durante 99 años de una serie de bases navales y militares, y la llamada Enmienda de Paridad, una enmienda de la Constitución filipina

que concede a los ciudadanos americanos los mismos derechos que a los filipinos en la explotación de los recursos naturales.

Estos dos artificios, instrumentos ambos de la seguridad americana y de sus intereses económicos a largo plazo en las Filipinas, restaron, si no negaron, importancia a la independencia formal, las Filipinas pasaron simplemente de ser una colonia americana a convertirse en una neocolonia americana, o como alguien la definió con eufemismo, un Estado-cliente americano. Así ha sido desde 1946. Y lo es hoy, todavía más.

Aparición de la dictadura

Fernando Marcos ganó fácilmente el apoyo contra Diosdado Macapagal, durante las elecciones presidenciales de 1965. En 1972, un año antes de terminar su período, sin posible reelección, Marcos declaró la Ley Marcial.

«Durante los últimos diez años se han dado distintas explicaciones de por qué la dictadura, disfrazada de Ley Marcial, se impuso como consecuencia de la bancarrota; de la explicación oficial incluida en el acta 1.081 y las seguridades dadas entonces por Marcos de que la Ley Marcial fue sólo una “medida temporal” como “último recurso” para restaurar el orden y que ningún cambio de gobierno estaba previsto, con estas palabras: “El Gobierno de la República de Filipinas, que fue establecido por nuestro pueblo en 1946, continúa”.»

La explicación más simple, una de las más fáciles de entender por la gente de la calle y admitida por aquellos que colaboraron estrechamente con Marcos, es que

De hecho, ningún período de la historia filipina ha estado tan lleno de mitos como el período americano.

este último, como muchos otros dictadores anteriores a él, tenían una gran codicia de poder, y todo ese poder supone enorme riqueza, increíbles privilegios y un lugar

destacado en la historia. Es obvio que Marcos logró inmediatas ventajas políticas al imponer la Ley Marcial. De un solo golpe decisivo fue capaz de excluir todos sus sucesores legales a la presidencia, en caso de que algo desfavorable le ocurriera a él; envió a la cárcel a todos sus rivales, oponentes y críticos; descalificó al Partido Liberal que acababa de barrer en las elecciones nacionales de 1971; obligó a la Convención Constitucional a que aprobara un nuevo estatuto que le permitía permanecer en el poder indefinidamente; abolió el Congreso, acabando con su papel de contrapeso y centro de poder: redujo la Suprema Corte, que acababa de promulgar las decisiones nacionalistas, al estado de subordinación; amordazó a la prensa, que había llegado a ser mucho más crítica; debilitó el movimiento de los trabajadores e intimidó a todos aquéllos que pretendieran desafiarle. La actuación de la pareja Marcos, sus posesiones en las Filipinas y en el extranjero y su estilo de vida, obligan a conceder un amplio crédito a esta explicación.

Sin embargo, también es cierto que Marcos no pudo imponer la Ley Marcial por sí mismo. Una explicación diferente es la de que figuras claves dentro del estamento militar, conocidos también como miembros del «Movimiento del 21 de septiembre», respaldaron activamente a Marcos, planificando y llevando a cabo el plan para imponer la Ley Marcial. Sin duda, muchos de ellos deseaban un régimen que aplicase «la ley y el orden» sin la obstrucción del Congreso, hacia muchos de cuyos miembros mostraban escasa consideración y no poco resentimiento y hostilidad. Estos militares sabían que en un régimen bajo la Ley Marcial podrían participar en la toma de decisiones y que ya no sería necesario doblegarse a los legislado-

res. Existe todavía otra variante que concede su debida importancia al papel de los tecnócratas, que compartían la aversión de la élite militar hacia la política y el proceso democrático. Estos tecnócratas deseaban un desarrollo económico por encima de todo —algo inalcanzable a no ser en un sistema político estable y con una fuerte autoridad ejecutiva, que identificaban con Marcos. Los tecnócratas, con anterioridad a la Ley Marcial, pensaron que tenían la solución, sabían lo que el pueblo necesitaba y estaban a favor de un fuerte gobierno centralista. El papel predominante de la alianza tecnócrata-militar al sostener la dictadura de Marcos durante los últimos diez años defiende este punto de vista.

«Tal vez una explicación sofisticada y global tiene en cuenta dos factores contradictorios: el hecho de que los Estados Unidos quisieran mantener sus bases militares en las Filipinas —las bases exteriores más grandes del mundo—, y el papel de las corporaciones multinacionales, basadas principalmente en los Estados Unidos, que deseaban mantener y acrecentar su poder en los centros clave de la economía filipina. Tanto el gobierno de los Estados Unidos como las corporaciones multinacionales “ofrecieron su apoyo a la instalación de un régimen favorable a las empresas extranjeras y los intereses de la seguridad americana”. Verdaderamente, estudios recientes, basados en documentos del Banco Mundial, revelan que esta institución bancaria, fuertemente influenciada por el gobierno de los Estados Unidos, deseaba un gobierno autoritario en las Filipinas que pudiera llevar a cabo su programa de industrialización orientado a la exportación, principalmente para servir a los intereses de los poderes metropolitanos dirigidos por los Estados Unidos. Este es el programa en el que Marcos y sus tecnócratas se comprometieron con entusiasmo y apoyaron durante los últimos diez años.»

**En 1972,
un año antes de terminar
su período sin posible
reelección, Marcos declaró la
Ley Marcial.**

«Estas explicaciones o teorías no son del todo excluyentes. Desde nuestro punto de vista, los intereses de Marcos y sus más íntimos asociados y colaboradores, los militares y los tecnócratas, coinciden y convergen con los intereses del gobierno de los Estados Unidos, las corporaciones transnacionales y las instituciones financieras internacionales en las que los poderes de la metrópoli tienen el voto de control.»

«Con la imposición de la Ley Marcial la estructura de poder tradicional, que había prevalecido desde la concesión de la independencia en 1946 y que había sido varias veces atacada desde distintos sectores, se colapsó y en su lugar Marcos estableció y consolidó una nueva coalición de gobierno. Marcos es la cabeza indisputable de esta nueva estructura de poder con la señora Imelda Marcos, “su socio en política y negocios”, como la CIA la denomina, Gobernadora de Manila, Ministro de Re-

laciones Humanas, y su enviado personal, además de una larga lista de títulos como su *alter ego*. Por debajo de ellos se encuentran los oficiales militares de confianza, dirigidos por el General Fabien Ver, Jefe del Estado Mayor, sus subordinados en las Fuerzas Armadas y las unidades paramilitares; los tecnócratas de Marcos, los miembros del gobierno y la burocracia por debajo de ellos; ayudantes íntimos a ambos lados de la pareja dictatorial, amigos, hombres de primera fila.

La fuerza y cohesión de esta coalición de gobierno se demostrará en la prueba final, cuando falte el dictador. Como se dice en un documento del Banco Mundial, conocido como el Memorandum de Aschoz, esta alianza está cimentada en una lealtad personal hacia Marcos y por el hecho «de que muchas de estas personalidades, incluso militares, provienen de Ilocos, la región natal de Marcos».

Actuales desafíos políticos en Filipinas

El desmantelamiento de la dictadura y la restauración del proceso democrático son una condición importante para llevar a cabo la normalización política en Filipinas. ¿Cuáles son los recientes sucesos políticos que podrían dar lugar a ello? ¿Cuáles son las posibles convulsiones que podrían obstaculizar el retorno a la democracia?

Los hechos recientes indican que la necesidad y el clamor por cambios políticos ha alcanzado su cota más alta. Esto asegura la disposición de las masas para participar en iniciativas políticas que, eventualmente, podrían derrocar a la dictadura y restaurar el proceso democrático en Filipinas. La participación de las masas es un requisito esencial para cualquier actividad política efectivamente democratizadora.

El asesinato de Benigno Aquino ha despertado a algunos sectores vitales de la sociedad filipina. La reacción de la comunidad comercial contra la dictadura ha sucedido en el momento más oportuno. Muy acosados por los negocios clandestinos de Marcos, sus generales y sus compinches, vastos sectores de la comunidad comercial no habían privado a la dictadura de su apoyo. El retiro del apoyo encontró a la dictadura en un momento en que se necesitaba, perentoriamente, la cooperación de este sector vital para salvar a la economía del colapso total.

Desafortunadamente, la dictadura de Marcos ha sido, por mucho tiempo, inmune al sentimiento popular. Nada del clamor de la gente podría convencer a Marcos y sus colaboradores para que iniciaran un cambio político que disminuyera los poderes dictatoriales de aquél. El actual ascenso repentino de las protestas de las masas contra el régimen está siendo visto por éste, no en los términos de su

mensaje fundamental sino por el impacto desestabilizador en las medidas económicas de emergencia que está tratando de implantar en complicidad con los acuerdos de las instituciones financieras extranjeras. El grado actual de tolerancia y aparente compromiso político exhibido por el régimen hacia la oposición están dictados por la especial necesidad del régimen de ganar tiempo. Constituye un serio fenómeno la manera en que evolucionó como anormal pero bienvenida, la alianza entre las masas y los sectores más opulentos de la sociedad. Tiene el potencial real como para golpear a la dictadura en su punto vulnerable: la economía vacilante. La fidelidad de los militares y de todos los otros sectores que colaboran apuntalando el régimen de Marcos es altamente dependiente de los privilegios e incentivos materiales. Una economía colapsada podría encontrar a Marcos totalmente abandonado por sus generales, cómplices y secuaces políticos.

De todas maneras, también debería recordarse que la economía filipina no está influenciada solamente por factores locales. La economía filipina es dependiente en un grado muy alto de los intereses comerciales extranjeros. El sector comercial filipino aún tiene que demostrar su capacidad de acción independiente de las presiones externas. Enfocando la economía como una zona efectiva de tratos para los cambios políticos, hay mucho para considerar en términos de qué pasos darán los intereses comerciales americanos, japoneses y europeos.

La base de poder de la dictadura continúa siendo principalmente el ejército y alrededor de un diez por ciento de la población. La sociedad con los militares se fue fraguando considerablemente a través de

Figuras clave dentro del estamento militar respaldaron activamente a Marcos, planificando y llevando a cabo el plan para imponer la Ley Marcial.

los incentivos materiales, compartiendo privilegios políticos y manipulando la organización del Ejército y su sistema de promoción. La dictadura le dio a los mili-

tares manos libres para penetrar en todos los sectores y aspectos de la sociedad filipina y para tomar ventaja en todas las oportunidades que aparecieran con el po-

Los intereses de Marcos y sus colaboradores, militares y tecnócratas, convergen con los del gobierno de EE.UU., las trasnacionales y las instituciones financieras internacionales.

der incontrolado. El diez por ciento de la población que apoya al régimen —la nueva élite política— fue un producto del programa de gobierno al impartir a una minoría de las masas una movilidad social ascendente. Estos miembros privilegiados del pueblo filipino están destinados a componer el aparato político del régimen. Están controlados por Marcos, de modo de mantener sus pequeños dominios políticos y locales, y periódicamente se los recompensa con privilegios económicos y políticos a cambio de no apartarse de la lealtad política al régimen.

Indudablemente, el resurgimiento de la actividad de las masas contra el régimen sólo puede conducir a los militares a estrechar filas y a hacer efectivas medidas más represivas. Los militares se han vuelto tan profundamente corruptos y tan insensibles al sentimiento popular que se han quedado completamente aislados de la gente. La restauración de la democracia no será un resultado automático de la defunción de Marcos. Dejará detrás una horrible problemática política. La adecuada y ordenada desmilitarización de la sociedad filipina es un factor importante en la resturación de la democracia y en la normalización política.

Los secuaces políticos de Marcos han mantenido sus remiendos políticos especialmente a través del fraude, el soborno y la coerción. La enfermedad de Marcos permitió que algunos de ellos incrementaran su reserva de armas y el número de mercenarios, en la creencia de que esto les permitiría seguir comprando continuos privilegios durante la era posterior a Marcos. Ultimamente hay un alarmante resurgimiento de los ejércitos privados. A la monstruosidad de la herencia política que Marcos está dejando se suma la existencia

de un pueblo desar-
mado en medio de ejér-
citos privados fuerte-
mente armados y co-
nocidos por su impie-
dad y corrupción y
con vínculos estable-
cidos con un ejército

en la bancarrota moral e igualmente co-
rrupto.

Los Estados Unidos

La actuación del gobierno de los Estados Unidos sería el factor externo más importante que tendría un significado de mucho alcance en la evolución de la situación política interna en Filipinas.

Los intereses económicos y militares de los Estados Unidos como potencia mundial han sido asuntos más importantes en la relación de Estados Unidos con Filipinas.

Desafortunadamente, en el trato con el gobierno de los Estados Unidos, los problemas de los derechos humanos, la justicia, la libertad y otros ideales elevados de las sociedades libres y democráticas tienen mucho impacto, salvo que estos temas humanitarios tan importantes fuesen ampliamente ventilados ante la opinión pública americana y se convirtieran en temas electorales importantes.

Destacados elementos del gobierno de los Estados Unidos sostienen la idea de que la estabilidad política en Filipinas reside en una economía saludable mejor servida por un conglomerado de élite de tecnócratas que no se vieran supeditados a la decisión tediosa y a las peculiaridades del hacer político de una democracia en pleno funcionamiento, y que uno de los mejores intereses de los Estados Unidos consiste en tratar con un aliado autoritario, políticamente menos difícil de manejar.

Los actuales acontecimientos políticos en Filipinas prueban la estrechez de per-

cepción del gobierno de los Estados Unidos en la realidad político-económica de Filipinas. Encontrar en Filipinas un aliado libre, independiente y democráticamente gobernado constituye actualmente su mejor interés.

Los Estados Unidos servirían mejor a sus intereses adoptando algunas medidas que mostraran más sensibilidad respecto de la actual realidad política en Filipinas.

Los Estados Unidos podrían cortar su apoyo y sus relaciones con la dictadura y podrían también negar su reconocimiento y apoyo al gobierno sucesor que no tenga un claro carácter democrático.

Los Estados Unidos podrían adoptar una política de no obstrucción de los movimientos populares que se suceden por el cambio político en Filipinas. Y también

podría ejercer su influencia global para ayudar a comprobar las incursiones y la interferencia encubierta en los asuntos filipinos de otras potencias extranjeras, especialmente de la Unión Soviética, Vietnam y China.

La extrema izquierda

Un acontecimiento desafortunado en Filipinas es el resurgimiento y continuo crecimiento de la fuerza político-militar marxista-leninista-maoísta.

La primera manifestación masiva de protesta contra la dictadura tuvo lugar durante la elección de la Asamblea Nacional en 1978, pero fue fácilmente silenciada. Pero las semillas del disenso masivo habían sido plantadas. Fue un momento propicio para la expansión y el trabajo organizativo. Los socialistas democráticos sintieron esto claramente, pero en ese momento el Partido estaba ilegalizado y sujeto a represión política masiva y sistemática. Otras fuerzas de la oposición democrática fallaron en cubrir el vacío dejado

por quienes tuvieron que pasar a la clandestinidad. Otros, todavía comprometidos con un programa de desestabilización urbana altamente especulativo que, como mucho, podría haber creado una situación revolucionaria artificial que no podría sostenerse por la carencia de un apoyo de masas importante. El campo quedó entonces abierto para que lo tomara la extrema izquierda comunista, más disciplinada y mejor organizada. Por suerte para los comunistas, los revolucionarios Moro también estaban atravesando un proceso de organización cualitativa de su aparato de dirección y organizativo. Temporalmente dejaron el comando de sus bases en manos de oficiales de menor graduación. Esto inhabilitó al Nuevo Ejército del Pueblo de los comunistas para establecer libremente posiciones en algunas áreas de Mindanao.

El asesinato del senador Benigno Aquino ha despertado a algunos sectores vitales de la sociedad filipina.

En general, los filipinos tienen una fuerte aversión al comunismo. Efectivamente, los comunistas resolvieron su *handicap* infiltrándose en instituciones y or-

ganizaciones creíbles e identificándose a sí mismos con algunos nacionalistas y otras personalidades respetables. Estas actividades clandestinas de los comunistas crearon, durante algún tiempo, cierto dilema. La iglesia católica, por ejemplo, no podía anunciar públicamente la existencia de comunistas en algunas de sus instituciones, esto sería equivalente a invitar a más represión por parte de los militares. Algunos personajes, o por ingenuidad, o por el sentimiento real de que los comunistas podrían reformarse hasta adoptar algunos preceptos democráticos, prefirieron ignorar las maquinaciones y trampas de éstos. Y los comunistas adoptaron, además, una línea de propaganda que los proyectaba como la única fuerza efectiva opuesta al régimen de Marcos y que, comparados con la dictadura, eran una alternativa mejor.

Los actuales acontecimientos, que al-

canzaron su clímax con el brutal asesinato de Benigno Aquino, están cambiando la constitución de la oposición política en Filipinas. La iglesia católica ha ido hasta el límite de disociarse públicamente de algunos de sus últimos programas y agencias a causa de la fuerte infiltración comunista en estos programas e instituciones. Los demócratas cristianos han lanzado un partido político semi-legal y están comprometidos en los esfuerzos por organizar a las masas en medio del hostigamiento, tanto de las fuerzas fascistas como de las comunistas. El Partido Liberal está poniendo mucho cuidado para declarar abiertamente su profundo compromiso con los ideales democráticos y su clara aversión hacia cualquiera de las formas o modelos autoritarios.

En la actualidad, estamos siendo testigos del resurgimiento de los viejos dilemas políticos. La fuerte concurrencia del apoyo de masas a acciones de protesta patrocinadas por elementos democráticos, indica la preferencia de la gente a alinearse en la oposición democrática. La oposición democrática tendrá la delicada tarea de reforzar y limpiar sus filas de la infiltración comunista y, al mismo tiempo, dotar al pueblo de una dirección clara, no sólo durante este período de agitación sino más allá del período de transición, cuando se reclame la estabilidad política.

El fracaso de la oposición democrática para proveer una dirección efectiva para el creciente descontento popular, podría dar fuertes posibilidades a la dominación comunista en la línea media. Tal situación conduciría a una batalla político-militar de tres frentes con las fuerzas democráticas que, actualmente, pelean en dos y contra grandes impares.

Algunos elementos de la dictadura proyectan defender sus intereses por la fuerza y, como las guerrillas comunistas, están extendiendo su control sobre considera-

bles áreas del distrito rural. La oposición democrática podría, entonces, tener que elegir entre la simple capitulación o el compromiso con estas dos fuerzas enemigas, bajo condiciones altamente desfavorables.

Es también una certeza que China, Rusia y Vietnam incrementarían su ayuda a los comunistas filipinos con material de guerra. Esta forma de asistencia, viniendo de potencias comunistas, incrementará, ciertamente, el nivel del conflicto hasta una guerra abierta de las superpotencias en esta región.

La revolución Moro

Eclipsada por los actuales acontecimientos, existe una seria guerra que ya ha provocado más de doscientas mil bajas. Pero, a pesar del alto nivel de pelea, la mayor parte de la rebelión de Muslim Moro sigue siendo una guerra muy mal entendida.

A los árabes de las islas del sur del archipiélago siempre se les temió y fueron considerados, por la mayoría de los filipinos, como un pueblo extraño. Su cultura es considerada extraña y su religión, al no ser cristiana, es incomprendida. Su abandono por los sucesivos gobiernos filipinos no es tanto por cualquier tolerancia escrupulosa sino que resulta más de la negligencia y del descuido.

No hubo intentos serios por comprender a los árabes, no como extraños sino simplemente como diferentes en virtud de su identidad política separada y su herencia cultural diferente. Pelearon en muchas guerras defensivas —contra los españoles, los americanos y los japoneses. Nunca fueron completamente conquistados. Y pelearon, no por una tendencia inherente

**La adecuada y ordenada
desmilitarización de la sociedad
filipina es un factor importante
en la restauración
de la democracia.**

a la guerra, sino a causa de su rechazo a ser colonizados y su deseo de preservar su identidad única y su herencia cultural como pueblo.

El énfasis en una solución militar por parte del régimen de Marcos y sus recursos para maniobras políticas turbias y tramposas, han ganado para el régimen el completo descreimiento de la dirección Moro cerrando, efectivamente, las puertas para el diálogo positivo. No hay, por ahora, un fin a la vista para este conflicto.

En la historia mundial, a menudo, ha sido posible forjar una nación con diferentes pueblos y razas. Cualquier esfuerzo por resolver el conflicto en el sur de Filipinas y en favor de la unificación política del archipiélago filipino, debería comenzar por la comprensión y aceptación de la existencia de pueblos distintos y separados dentro del archipiélago. El proceso de unificación debería ofrecer provisiones que garantizaran la protección de la herencia cultural y de las tradiciones de los pueblos componentes.

La inclusión de Malasia en este conflicto sucedió porque las autoridades malayas vigentes se aprovechaban de los árabes para poner obstáculos a una inminente amenaza a su seguridad, que venía de los planes aventureros del régimen de Marcos, para presionar el reclamo filipino por Sabah a la fuerza. Hay que notar que lanzarse a invasiones o crear guerras es una práctica clásica de los líderes políticos con confianza pública decreciente, como un modo de despreciar la inquietud popular y distraer la atención del pueblo de los problemas domésticos. Hay cosas que indican que el régimen actual puede recurrir a este esquema. La implicación malaya con los árabes, ciertamente, le dio al régimen dictatorial de Marcos una excusa conveniente para una posible acción militar contra Malasia, especialmente en el estado de Sabah.

El desarrollo de la oposición

Durante cierto tiempo pareció que la dictadura había conseguido destruir a to-

El apoyo masivo a las acciones de protesta, patrocinadas por elementos democráticos, indica la preferencia popular por alinearse en la oposición democrática.

da la oposición política y que las únicas señales de oposición provenían sólo de las fuerzas de los comunistas maoístas de extrema izquierda. En realidad, las actividades políticas que llevaban a cabo los políticos de la oposición tradicional estaban limitadas y confinadas a la emisión periódica de documentos de protesta y a la prestación de servicios legales a todos aquellos que permanecían en las prisiones.

Verdaderamente lo que se había destruido fue sólo la «oposición visible». Los militantes moderados, previendo la escalada de la represión fascista, pasaron a la clandestinidad en el momento en que se declaró la Ley Marcial. Los socialistas democráticos, dándose cuenta de los graves riesgos que comportaban las actividades políticas bajo la autoridad fascista, sumergieron inmediatamente sus aparatos organizativos.

Como consecuencia de la ruptura de alianzas en varios frentes organizativos, los socialistas democráticos se obligaron a sí mismos a ejercer una mayor disciplina y a adoptar una más frecuente estructura de partido político. El 1 de mayo de 1973, menos de un año después de la imposición de la Ley Marcial, los socialistas democráticos lanzaron el *Partido Demokratiko-Sosyalista ng Pilipinas* (PDSP). El PDSP, diferenciándose de la postura propagandística de los comunistas maoístas, dirigidos por el Frente Democrático Nacional, decidieron, en cambio, mantener enormemente tenues sus estructuras públicas. El PDSP calladamente se concentró en colocar sus cuadros en el seno de instituciones que pudieran esconder sus esfuerzos en la organización de masas, a los ojos curiosos de la dictadura. El PDSP inició también la movilización de los restos de las organizaciones moderadas democráticas que quedaron dispersadas cuando se impuso la Ley Marcial.

Hacia el año 1976, el PDSP había con-

seguido fraguar una red clandestina de las principales instituciones, agencias y organizaciones populares. Los esfuerzos de organización en algunos sectores se extendían rápidamente entre campesinos, trabajadores, estudiantes y en las comunidades marginadas de las ciudades. Y fundamentalmente, gracias a los esfuerzos del reverendo Fr. Horacio de la Costa, un ex provincial de la Compañía de Jesús en las Filipinas, se estableció un importante enlace entre el PDSP —oposición democrática clandestina— y la oposición tradicional. También se establecieron enlaces con organizaciones en el exterior. Estos hechos señalaron el nacimiento de una mayor y más amplia agrupación de las fuerzas democráticas de oposición.

Las fuerzas democráticas de oposición

Mientras los socialistas democráticos, bajo la bandera del PSDP, continuaban siendo la fuerza dominante de la oposición democrática clandestina, el panorama de las fuerzas políticas en el seno de la oposición democrática era mucho más variada y extensa. Las fuerzas de oposición democrática, en general, pueden dividirse en dos categorías: populistas e ideológicas.

Son populistas las fuerzas que han conservado los conceptos tradicionales de la práctica política en las Filipinas. Mientras la mayoría de estas fuerzas se declaran nacionalistas y libertarias con un compromiso muy fuerte en favor del proceso democrático, su fuerza organizativa gira en torno al papel de algunas personalidades. La oposición democrática unida (UNIDO) es una alianza de personalidades importantes que provienen de la oposición tradicional. Su fuerza depende, en gran medida, de la habilidad de estas personalidades para generar el apoyo de las masas. El asesinato del Senador Benigno Aquino, el más popular y carismático de los líderes populistas, ha reforzado a la masa segui-

dora de los populistas, al mismo tiempo que creaba un dilema entre los demás líderes. El martirio del Senador Aquino lo ha convertido en una figura política tan grande que ninguno de sus colegas se siente ahora capaz de reemplazarlo. Todo esto está creando la impresión general de que la oposición democrática carece de líderes, una falacia propagandística que los maoístas están tratando de extender ampliamente. Los comunistas creen que retratando una oposición democrática sin liderazgo, la mayoría de los moderados vacilarán y las masas en general se volverán hacia su esfera de control e influencia por la carencia de una oposición alternativa a la dictadura. Este centralismo personalista en el pensamiento político de los populistas es su mayor defecto.

Aunque algunas figuras sobresalientes se han visto implicadas en agrupaciones

La oposición democrática está simplemente dedicada al establecimiento de un gobierno de transición que garantice unas elecciones limpias.

de carácter ideológico, estas fuerzas no han confiado en el papel prominente de estas personalidades. En su lugar, las diversas fuerzas democráticas de oposición

se han concentrado en sus raíces organizando, ampliando y consolidando sus bases de masas, exigiendo su adhesión a un conjunto de programas dados y a una línea política. Estas son las tres fuerzas más importantes de la oposición con una clara determinación ideológica: los demócratas cristianos, los socialistas democráticos y los liberales progresistas. El PDSP, el partido de los socialistas democráticos, tiene una línea política con un desarrollo más coherente. El crecimiento de sus cuadros ha permanecido cuantitativamente lento alcanzando tan sólo la cifra de dos mil hasta ahora. Su afiliación total no ha pasado de los 100.000 miembros según una encuesta realizada en mayo de 1981. Pero su constante fidelidad a los principios básicos y a su línea organizativa lo convierte en la fuerza más organizada de toda la oposición democrática. Los demócratas cristianos están organizados en el *Partido Democrático Filipino (PDP)*, pe-

ro la composición actual de sus miembros es muy heterogénea. Socialistas democráticos, liberales progresistas y populistas también están entre sus filas. La nueva dirección del viejo *Partido Liberal* está iniciando un rejuvenecimiento de sus líneas ideológicas. Su tendencia se inclina hacia la socialdemocracia.

La amplitud de los planteamientos políticos en el seno de la oposición democrática hace virtualmente imposible que ésta llegue a alcanzar una postura ideológica común. Pero una ideología común no es esencial para la unidad y viabilidad de la oposición democrática. La gran divergencia de creencias políticas entre las fuerzas de oposición democrática sirve incluso como garantía del cumplimiento de las metas aceptadas por todas estas fuerzas.

Los objetivos políticos de la oposición democrática son limitados. La oposición no se considera a sí misma como la alternativa de poder frente a Marcos. Por el contrario, está simplemente dedicada al establecimiento de un gobierno de transición que supervise y garantice unas elecciones limpias y honestas y la reintroducción de una Constitución libre de residuos antidemocráticos. Esta restauración del proceso democrático permitiría a todas las fuerzas políticas de las Filipinas presentar sus líneas políticas como alternativas entre las que el pueblo tendría que elegir. La oposición democrática es claramente contraria a la toma del poder estatal por la fuerza de las armas.

Con una clara aversión al uso de la fuerza, la oposición democrática aparece claramente vulnerable frente a la coacción fascista. La existencia de las fuerzas armadas maoístas dificulta a la oposición democrática la defensa de la practicidad de una postura estrictamente pacífica. El PDSP mantiene una clara postura a este respecto. Los grupos organizados del

PDSP en las áreas rurales están armados, en principio, para protegerse de los ataques de las fuerzas fascistas de la dictadura y del hostigamiento de las bandas armadas maoístas. La fuerza militarizada de los socialistas democráticos tiene un claro objetivo de defensa propia y en contra de todas aquellas fuerzas que intenten imponer a la nación otra forma de subyugación. El PDSP está decidido definitivamente a participar en el proceso democrático y dejará las armas cuando se restaure la democracia.

Conclusión

Distintos modelos políticos se están desarrollando como alternativas a la dictadura. Hay claras señales de que algunos elementos de las fuerzas armadas del gobierno están planeando un golpe militar para reemplazar a la impopular y enferma dictadura. Puesto que este grupo piensa aliarse con algunos políticos moderados y tecnócratas del gobierno, exigirá mantener su amplio y vital papel en el gobierno y en los asuntos políticos del Estado. Los comunistas maoístas de extrema izquierda están resueltos a establecer un estado de partido único en lugar de la dictadura actual y se empeñan en ocupar el poder «por la fuerza de las armas».

La oposición democrática defiende la alternativa popular. Está convencida de que después de la dictadura se restaurará el proceso democrático y las libertades básicas. Cree firmemente en un sistema político pluripartidista, en el que las diversas agrupaciones políticas ofrezcan al pueblo que sea el último juez en la conducción de los asuntos del Estado y que sus diferencias políticas se resuelvan por medio de las urnas.

Traducción: Teresa Ortuño